

EL NEOLIBERALISMO EN AMERICA LATINA

David Ibarra
Julio-Septiembre de 2008
Configuraciones 28

Introducción

La globalización neoliberal es otra de las transformaciones del orden económico internacional que se expresan sucesivamente en el régimen colonial, el patrón oro, el acuerdo de Bretton Woods y la supresión actual de las fronteras comerciales. En todos esos distintos esquemas hay evidentemente relaciones de dominación entre los países centrales y la periferia, pero también hay acuerdos indispensables a la convivencia pacífica y al ordenamiento de las transacciones económicas entre naciones.

El neoliberalismo difícilmente podría dejar de imponer tales requisitos. Lo distintivo es que lo hace no sólo en el campo de las relaciones internacionales, sino también sobre la dirección y contenido de las políticas e instituciones internas. Por eso se integra en normas, reglas, que auspician determinadas políticas públicas y eliminan los contenidos de otros modelos, inspiradas en planteamientos ideológicos racionalizadores. El establecimiento de esas normas y sus consecuencias, justifica alteraciones profundas en la vida de los países, particularmente en la división del trabajo entre Estado y mercado o entre los poderes de los gobiernos nacionales y los de la globalización. Por consiguiente, el neoliberalismo y la globalización postulan criterios que han de satisfacer los gobiernos --singularmente los del Tercer Mundo--, casi siempre con escasa o nula anuencia de los ciudadanos afectados.

En consecuencia, el postmodernismo neoliberal anuncia el fin de la historia, de los grandes relatos filosóficos y sus ideologías e incluso la de Estadonación con sus responsabilidades sociales y sus empeños en cuidar del bien común, de la soberanía e identidad nacionales.¹ Y en cambio, sitúa la esperanza en la eficacia de mecanismos automatizados, fuera de la volición humana, como el mercado o el estado de derecho construido ex profeso en torno al propio canon neoliberal. Se trata de cumplir reglas, acompañadas de incentivos y castigos que supuestamente alejan a los ciudadanos de decisiones caprichosas y los encauzan a la optimización economicista de sus comportamientos, como si ahí se agotaran todos los propósitos humanos.

En términos propagandísticos, el neoliberalismo difundió en el Tercer Mundo la tesis esperanzadora de que el juego libre de los mercados clausuraría la brecha del atraso, al pasar no sólo por la apertura de fronteras, sino por la estabilización de precios y de las cuentas públicas. Con algún simplismo, se postuló que el desarrollo exportador y la inversión extranjera erradicarían la pobreza crónica del subdesarrollo, mientras la difusión automática de las mejores tecnologías elevaría los estándares de vida y, los ciudadanos provistos de sistemas electorales transparentes, se volcarían en favor de la orientación mercantil de las políticas públicas. De modo análogo, se subrayó que los mercados abiertos y la transparencia en las transacciones del gobierno o de los particulares, pondría fin a su búsqueda de rentas o privilegios inmerecidos, esto es, serviría de antídoto eficaz a la corrupción.²

¹ Véanse Fukuyama, F. (1992), *The End of History and the Last Man*, H. Hamilton, Londres; Ohmae, H. (1997), *The End of the Nation-State*, Harper Collins; Schedler, H. (1997), *The End of Politics*, Macmillan, Londres.

² Véase Buchanan, J. (1980) "Rent-seeking and Profit Seeking", in *Toward a Theory of Rent-seeking Society*, Texas University Press, Austin.

La utopía neoliberal

El neoliberalismo, propugna la reducción del intervencionismo estatal y del radio de acción de la política por crear interferencias contrarias a la libertad individual y ser fuente de corrupción. En el orden nacional, el desiderátum se finca en lograr el funcionamiento automático de la economía y de los mercados, libres de toda distorsión gubernamental o de ciudadanos organizados colectivamente. Y en lo internacional, se concibe a la globalización como el proceso de instaurar un orden cosmopolita, económicamente eficiente, también más allá de la política, como si ello fuese posible.

En síntesis, la utopía neoliberal exalta las virtudes abstractas de los mercados, de los premios a los más aptos, de la competitividad, de la eficiencia y de las ganancias, de los derechos de propiedad, de la libertad de contratación.³ Critica, en cambio, a la intervención estatal y a la propia política, calificándoles de perniciosas e ineficientes. Así se articulan las tesis y se prepara el salto a la idea de que los mercados constituyen el meollo de un sistema social óptimo, automático, garante del bienestar y de la prosperidad. Si a eso se añade el ingrediente de elecciones limpias, se tiene una combinación ideal de mercados libérrimos y democracia acotada a lo electoral, como canales de expresión y concreción de los valores supremos de las sociedades postmodernas. No importa que los procesos electorales más que servir para confrontar programas y pasar el poder a las mejores manos, sirvan para legitimar a quienes hacen la mejor

³ Véanse Nozick, R. (1974), *Anarchy, State and Utopy*, Basil & Blackwell, Oxford; Gray, J. (2000), *Las Dos Caras del Neoliberalismo*, Paidós, Madrid.

representación de una realidad frecuentemente imaginada, inexistente, a través de los medios masivos de comunicación.⁴

Hay, sin embargo, campos de excepción donde el intervencionismo estatal es visto con beneplácito por el neoliberalismo. Desde las elites empresariales y parte del mundo académico, se organizan embates políticos y mediáticos al Estado y en particular al estado benefactor. En las naciones en desarrollo, se va más lejos, se alienta una especie de revolución institucional encaminada a dar permanencia al acomodo interno de los países frente a las exigencias del orden económico internacional y, en general, a la construcción del estado neoliberal de derecho. Al efecto, muchas funciones gubernamentales se trasladan ex profeso a instituciones supranacionales o al mercado, ensanchándose los derechos negativos de las personas, mientras se angostan los derechos republicanos a participar en las decisiones de gobierno. Se invierte el concepto tradicional de la soberanía al dejar de concebirla en el sentido de condicionar los intereses foráneos a los propios, sino en el de amoldar las economías nacionales a los dictados del mercado global.

Paradójicamente, el neoliberalismo después de utilizar expedientes políticos casi siempre autoritarios, hasta lograr los cambios legales e institucionales que le diesen posición dominante en los países latinoamericanos, ahora abraza el ideal de un mundo sin política, observante escrupuloso del estado de derecho, compuesto por mercados abiertos y gobiernos acotados por el orden económico internacional. Sin duda, la democracia quedaría huérfana sin el respaldo y la observancia de un estado de derecho. Pero este último ha de surgir

⁴ Ivan Krastev, hace un análisis semejante con relación a las transformaciones del socialismo al capitalismo de los países centro-europeos. (Véase Krastev, I. (2004) "Democracy's Doubles", *Journal of Democracy*, Vol. 17, No. 2, pp. 52-62).

y ser expresión genuina de la voluntad ciudadana. Si sus normas nacen de la imposición autoritaria o de mecanismos legislativos excluyentes, formarán un pseudo-estado de derecho carente de legitimidad por violentar el principio básico de toda democracia, la soberanía popular.

Las consecuencias del neoliberalismo

Sea como sea, el acomodo neoliberal trastocó tanto el orden social interno de los países, como la autonomía estatal frente al exterior.⁵ En cuanto a lo primero, la supresión del proteccionismo, de la política industrial y otras formas de intervencionismo estatal, unida a las privatizaciones y la apertura de fronteras, alteró radicalmente la distribución de ingresos, las oportunidades de progreso y la propia estratificación social. De la estrategia de crecimiento hacia adentro se pasó a postular a las exportaciones como la vía del progreso; la estabilidad de precios y presupuestos, llenó el lugar ocupado anteriormente por las metas del acrecentamiento del empleo; el Estado cedió los mandos al mercado en fijar la dirección y los resultados del manejo socio-económico.

En el dominio de la política, los cambios fueron por igual pronunciados: el nacionalismo es suplantado por una especie de cosmo-politismo mal

⁵ Los rediseños institucionales consistieron por lo general en el transplante de sistemas foráneos: democracia liberal, mercados abiertos, derechos nítidos de propiedad, limitada intervención estatal, banca central autónoma, etc. Sin duda, se trata de instituciones importantes en un sistema civilizado de vida como se concibe en la postmodernidad. Sin embargo, la imitación se llevó al extremo de centrarse en las formas, más que en las funciones. Estas últimas pueden llevarse a cabo de distintas maneras, preferiblemente con las que hagan menos violencia a la historia de cada país. Al propio tiempo se olvidó el largo proceso evolutivo que toma lograr la aceptación social y la consolidación de las nuevas instituciones. Entre 1982 y 2006, más del 50% del articulado constitucional –fuente principalísima del marco institucional– debió modificarse a fin de abrir cabida formal a la reforma neoliberal de México. (Véanse Rodrik, D. (2003), *Growth Strategies*, NBER, Working Paper 10050; Rodrik, D. et alia (2002), *The Primacy of Institutions over Geography and Integration on Economic Development*, NBER, Paper No. 9305, Washington; Chang, H. (2004), *Rethinking Development Economics*, Anthem Press, India; Ibarra, D. (2005), *Reforma e Instituciones*, mimegr, México; Ibarra D. (2005) “Estado de Derecho, Constitución e Instituciones”, *Revista de la Facultad de Derecho de la UNAM*, tomo LV, No. 243).

entendido; se disuelven parcialmente las soberanías de los estados y las identidades nacionales; el presidencialismo autoritario y el corporativismo son sustituidos por un régimen de división de poderes, juego de partidos y sistemas electorales más transparentes. Como consecuencia, mucho cambian los valores, los intereses, las instituciones, la composición de las elites y, desde luego, la distribución de las rentas.

En cuanto a la segunda vertiente, la apertura de fronteras y la supresión de trabas a la inversión extranjera, cambiaron radicalmente las libertades nacionales frente al exterior. Antes el ajuste de las cuentas externas cuidaba del crecimiento y del empleo internos, restringiendo cuando necesario las importaciones por la vía de acentuar las medidas proteccionistas; hoy, los desajustes se corrigen comprimiendo también las importaciones pero a través de un mecanismo radicalmente distinto, el de abatir el crecimiento y el empleo o de acrecentar la dependencia con respecto a la inversión extranjera.⁶ De distinta manera, se reinstalan los mecanismos superados del acomodo internacional propio del patrón oro.⁷

Además, por sí mismos, los mercados no distribuyen con mediana equidad los frutos de las redes productivas y comerciales del mundo. Hay grupos de empresas y países altamente favorecidos, incluidas naciones en desarrollo, que conviven con otras empobrecidas y atrasadas.⁸ La inserción de Taiwán, Corea, Vietnam, Irlanda o Finlandia a la globalización ha resultado

⁶ Véanse Williamson, J. (1990) "What Washington Means by Policy Reform", in *Latin American Adjustment*, Institute for International Economics, Washington; Ibarra, D. (2005), *Ensayos sobre Economía Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México.

⁷ Véase Ibarra, D. (2006) "El Péndulo Monetario", en la *Reconfiguración Económica Internacional*, Facultad de Economía, UNAM, México.

⁸ Véase CEPAL (varios números), *Panorama de la Inserción Internacional de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile.

extraordinariamente exitosa. La lección a desprender de esas experiencias es compleja. De un lado, que globalización y neoliberalismo por más que hayan ido juntos no son la misma cosa, ni se reflejan respuestas nacionales idénticas. Por tanto, encarar a la globalización puede hacerse de distintas maneras, por ejemplo, con mayor o menor intervención gubernamental o dejando todo, pasivamente, a las reacciones espontáneas del mercado. En América Latina, el insuficiente activismo exportador, marca el retorno a la vieja especialización en la venta de artículos primarios --productos agropecuarios, minerales, energéticos, maquilas simples--, mientras se pierde terreno en la colocación de manufacturas o de servicios, donde se concentra el avance tecnológico del mundo.

Consecuencias puntuales del neoliberalismo

Entre 1975 y 2003, periodo típico del predominio neoliberal, la tasa de crecimiento del *per cápita* mundial aparte de polarizarse entre zonas prósperas y regiones rezagadas, cayó en promedio a más de la mitad en relación al período 1950-1975.² El desarrollo no sólo ha estrechado, sino se ha tornado más volátil, más propenso a contagios, más proclive a alargar los años depresivos y acortar los de bonanza. Al propio tiempo, se amplía la brecha del atraso de Africa y América Latina. Desde la década de los setenta, los países de la OCDE, crecieron a un ritmo medio del 2% anual, mientras América Latina apenas lo hizo al 0.6% y los países africanos del Subsahara al -0.7%.

² Los defensores del neoliberalismo atribuyen ese hecho a la terminación de los impulsos asociados a la reconstrucción de las naciones devastadas por la Segunda Guerra Mundial. Por contra, sus críticos aducen como factor favorecedor del neoliberalismo el impacto del ascenso de China y la India en la economía mundial. Las cifras fueron tomadas de Maddison, A. (2003), *The World Economy, A Millennial Perspective*, OCDE, París. Véase, además, Wade, R. (1990), *Governing the Market*, Princeton University Press, New Jersey.

Otra consecuencia de la globalización y del neoliberalismo se refiere al ensanchamiento de la brecha entre los marginados y los pudientes a escala universal y de los países. En materia social, salvo excepciones, las políticas dejan de buscar la ampliación del mercado interno, el pleno empleo y la universalización de los accesos a los servicios públicos, como los de salud o educación. Y de otra parte, a través de la reforma de los sistemas de pensiones y la focalización de las erogaciones presupuestales, se busca descargar al fisco de obligaciones, transferir riesgos del Estado a las familias y multiplicar las oportunidades de negocios privados.

En casi todas las latitudes, incluidos los Estados Unidos, se observan magros avances en corregir la desigualdad y, en muchas, la pobreza se torna endémica.¹⁰ La debilidad de las organizaciones laborales, la falta de representatividad de los regímenes políticos, las presiones internacionales, están en la raíz de los fenómenos de concentración de poder económico y político. La caída de la participación de los salarios en el ingreso mundial, obedece de un lado, la alta movilidad geográfica del capital y a sus instituciones financieras de respaldo, frente al raquitismo político a escala global de las organizaciones laborales contrabalanceadoras. Y, del mismo modo, incide la incorporación masiva de la fuerza de trabajo de China o la India al mercado globalizado.

Esos fenómenos han exacerbado las desigualdades del Primer Mundo y también las de economías de ingreso medio de lento crecimiento, mientras favorecen a las poblaciones pobres de los países emergentes más dinámicos, aunque en éstas acentúen las disparidades distributivas. A su vez, el fraccionamiento de las políticas sociales en el ámbito de cada país, reflejan

¹⁰ Véanse PNUD (varios números), *Informe sobre Desarrollo Humano*, N. York; CEPAL (varios números), *Panorama Social de América Latina*, Santiago de Chile.

imperfecciones de los sistemas democráticos al negar voz y participación efectiva a buena parte de las poblaciones nacionales. La abolición de fronteras está provocando una intensa transferencia de capacidades productivas de los países desarrollados y de desarrollo intermedio a naciones de mano de obra barata y mercados amplios que enrarece en aquéllos los empleos industriales mejor remunerados y fuerzan la emigración de la mano de obra al exterior o al sector de servicios, donde salarios y ascensos de la productividad son menores.

El paradigma en vigor conduce inevitablemente a la precarización de los derechos laborales. Según la OIT, en la región latinoamericana, dos de cada tres empleos creados en la década de los noventa correspondieron al sector informal, de cada 100 nuevos puestos de trabajo 83 se localizaron en el sector de servicios y el 55% de las nuevas plazas de asalariados, carecieron de protección social.¹¹

La descomposición del mercado laboral, tiene necesario reflejo en la distribución regresiva del ingreso en el conjunto de países latinoamericanos. Durante el periodo 1990-2005, el producto real por habitante creció poco, a razón del 1.3% anual, pero las remuneraciones de los asalariados se expandieron aún menos, al 0.6% por año. A escala universal los costos de los acomodos del neoliberalismo se han puesto sobre los hombros de los trabajadores, las mujeres y los marginados. Los pactos sociales se angostan o se convierten en letra muerta. Los sindicatos se debilitan, su membresía disminuye, muchos son presa de la corrupción. En términos económicos y políticos se insiste y logra la instauración de políticas de desregulación y flexibilización de las normas protectoras del trabajo, sin ofrecer casi nada a cambio de la supresión de derechos adquiridos.

¹¹ Véase OIT (2000), *Panorama Laboral 2000 de América Latina y el Caribe*, Lima, Perú.

Las reacciones al neoliberalismo

Como reacción natural, desde los inicios de la utopía neoliberal, aparecieron resistencias y trastornos políticos de envergadura, manifiestos claramente en los movimientos guerrilleros latinoamericanos. A lo largo de la región se siguen multiplicando desarreglos sociales recurrentes --sea criminalidad, narcotráfico o la simple falta de representatividad de los partidos políticos--, no ajenos a la pasividad de los gobiernos en atacar sus raíces. El cambio democrático sigue plagado de problemas todavía insolutos en muchos países.

La prelación otorgada a crear las instituciones de mercado sobre las de la democracia sustantiva conforme a las estipulaciones del Consenso de Washington, ha creado serios desequilibrios en la vida social de la región. En esencia, las decisiones fundamentales de las estrategias económicas y sociales han debido quedar casi excluidas de las decisiones integradoras de los poderes ejecutivo y legislativo. De aquí la raíz de las crisis repetitivas de los partidos políticos latinoamericanos y de su escasa representatividad. La democracia electoral exige del fortalecimiento de los alcances del juego de partidos, paradójicamente, sin embargo, se les ponen trabas a que aborden el debate de los temas socio-económicos fundamentales.

Se ha producido una suerte de estratificación que lesiona a muchos y beneficia a pocos. La democracia al desterrar el autoritarismo latinoamericano, no llegó con la bandera de la igualdad, sino marcó el triunfo de elites nacionales excluyentes, aliadas a empresas y grupos foráneos. La asociación entre el neoliberalismo y los valores de la democracia, se muestra, por tanto, como una relación frágil, frecuentemente encontrada. Los desequilibrios entre la reforma

económica y la política, dan origen a una transición inacabable en que siempre quedan cabos sueltos, fuente de renovado descontento social.

No hay todavía crisis de la democracia, aunque sí erosión de los sistemas políticos instaurados en el último cuarto del siglo pasado. De un lado, el reconocimiento de los costos adaptativos a los profundos cambios emprendidos, hace conservar algún optimismo en los resultados finales del proceso. Por otro, no se han borrado por entero las largas tradiciones autoritarias de la región. En consecuencia, los ciudadanos difícilmente abrigaron esperanzas desmedidas en que el milagro democrático aportaría de golpe, voz e influencia a los numerosos grupos excluidos o repartiría prosperidad a todos. Sin embargo, al ahondarse la brecha entre los méritos publicitados de la reforma y la marcha de las realidades, se comienzan a percibir signos de descontento, así como riesgos de que la transición política y económica, revierta a un autoritarismo franco o conduzca a un autoritarismo blando, pero no por eso menos dispuesto a determinar sin consulta las orientaciones básicas de las políticas públicas.

Hay fatiga con la politiquería de una transición interminable que vacía paulatinamente de contenido legitimador a la democracia. De modo consciente o inconsciente, muchas respuestas ciudadanas se enderezan a recobrar la supremacía de la política sobre los dictados de una economía sorda a las demandas sociales a ir más allá de la democracia electoral.¹² El conflicto ya no es propiamente entre derechas e izquierdas, sino entre la defensa a ultranza de un estado de derecho --construido ademocráticamente-- por el conservadurismo

¹² Según las encuestas de Latinobarómetro, sólo al 20% de la población latinoamericana confía en los partidos políticos, un 25% lo hace con las legislaturas y un tercio con el sistema judicial. Fenómenos análogos se reproducen en muchos otros países, incluso con virulencia, que parece revertir la ola democratizadora resaltada por Huntington. (Véanse Huntington, S. (1991), *The Third Wave*, University of Oklahoma Press, Oklahoma; Diamond, L. (2008) "The Democratic Rollback", *Foreign Affairs*, Vol. 87, No. 2, pp. 36-48).

neoliberal y el rechazo popular a muchas elites en los gobiernos, inmunes al escrutinio ciudadano sobre su modo de fijar las prelacións públicas. Dicho de otra manera, las tensiones políticas frecuentemente oscilan entre la desconfianza de los grupos dominantes a que la democracia conduzca a una suerte de populismo irrefrenable, y la desconfianza ciudadana hacia elites sólo en apariencia democráticas, pero frecuentemente distorsionadoras de la realidad social y defensoras de privilegios inaceptables.

En tal situación, países y gobiernos comienzan a corregir rasgos del orden neoliberal en el intento de recobrar la autonomía que les permita atender las presiones ciudadanas en ascenso. Sin duda, aquí existe la posibilidad de llevar el péndulo de la radicalización política demasiado lejos. En realidad hay un doble riesgo a las imperfectas democracias latinoamericanas: el de derivar hacia autocracias populistas, sólo en apariencia más sensibles a las demandas sociales o ir hacia democracias administradas, sea por la vía de la manipulación o de la represión, como ya viene ocurriendo en algunos países. En ambos extremos, se haría nugatorio el pluralismo de valores e intereses del genuino juego democrático.

En sentido positivo, vale constatar que los países en desarrollo más exitosos en la globalización son aquéllos que impulsan políticas industriales, auspician el fomento estatal al desarrollo, acentúan el control nacional sobre los recursos estratégicos (energéticos, por ejemplo), regulan cuidadosamente a la inversión extranjera y, sobre todo, fortalecen las instituciones de seguridad social y la participación ciudadana en las decisiones colectivas. Es decir, los que anteponen o equilibran mejor los intereses nacionales frente a los del orden económico internacional y los que mejor se apartan de la pureza dogmática neoliberal.

América Latina comienza a recorrer ese camino. Las políticas emancipadoras que trabajosamente toman cuerpo, son respuestas si se quiere tardías, pero necesarias, frente a las promesas fallidas del neoliberalismo, singularmente en los países que más se apegaron a los términos del Consenso de Washington. Por fortuna, ya pasa de moda el confundir lo actual, lo innovador, lo moderno, con modos retrógrados de acción que alguna vez fue necesario desterrar de nuestra historia.

Se trata de esfuerzos esperanzadores por alterar la dirección de las acciones gubernamentales e incluso de contribuir a corregir tendencias y desequilibrios de alcance universal. Hasta muy recientemente, la integración de redes transnacionales de producción e intercambio, la formación de mercados de dimensión mundial, la multiplicación de los bienes de consumo fueron los objetivos principales y casi únicos de la inversión y de una investigación tecnológica crecientemente privatizadas. En contraste, se solía otorgar prelación menor a los más significativos problemas de la humanidad: el hambre y la desnutrición, la enfermedad, la ignorancia, el abasto de energía limpia, la contención de la destrucción ecológica.

Reflexiones finales

La utopía neoliberal representa el intento más general y decidido por echar el reloj político atrás, suplantar el viejo programa humanista de la Ilustración o los impulsos progresistas nacionales, hacer a un lado las responsabilidades del Estado o de la democracia entendida en sentido republicano. Aun así, sus tesis se diseminan con extraordinaria rapidez en el mundo si se le compara con cualquier otra experiencia análoga. Crisis, premura y presiones internacionales sin cuento, al menos en América Latina y África, llevan

a los países a liberar los mercados, reducir el papel del Estado, asimilar desigualdades sociales insospechadas, trastocar el orden, las jerarquías y las prelacións nacionales, en una palabra a limitar las opciones a la acción colectiva. Más aún, las tesis neoliberales representan un cambio radical, frecuentemente irrealista, en la manera de visualizar los problemas del desarrollo y las explicaciones justificatorias de las políticas a instrumentar.¹³

Buena parte de las mudanzas implantadas son fruto de un intervencionismo decidido que, una vez afianzado, se quiere mantener sin alteración alguna. Por eso, hoy se ve peligroso dar rienda suelta al juego de la política y se precisa acotar la esfera democrática del espacio público. El alcance de las estrategias económicas y sociales más que en la participación ciudadana abierta, se conviene en cenáculos cerrados, sujetos a las orientaciones y a las restricciones impuestas por el canon neoliberal y las instituciones internacionales. A la democracia apenas se le ofrece alguna limpieza electoral y alternancia política como medios de atender el descontento nacido del nuevo orden económico, de sus disparidades distributivas y de la debacle institucional postmoderna. A la política se le asigna el limitadísimo papel de compensar hasta donde sea posible, los costos sociales de las reformas neoliberales, ofreciendo, no soluciones, sino, como se dijo, la simple alternancia en el poder.

¹³ El economista brasileño Bresser Pereyra preparó la primera crítica de fondo del Consenso de Washington, a la que han seguido una sucesión de artículos del más diverso carácter. (Véanse Williamson (1990), op. cit; Bresser, L. et alia (1993), *Economic Reforms in New Democracies*, Cambridge, University Press; Voo, W. (2004) "Serious Innadequancies of the Washington Consensus", en *Diversity in Development*, compiladores, Tennissen, J., Fondad, La Haya; Stiglitz, J. (1998), *More Instruments and Broader Goals, Moving Towards the Post-Washington Consensus*, Wider Annual Lecture, Helsinki; Ibarra, D. (2006), *La Reconfiguración Económica internacional UNAM*, México; Gore, Ch. (2000) "The Rise and Fall of the Washington Consensus as a Paradigm for Developing Countries", *World Development*, Vol. 28, No. 5, pp. 789-804).

El arrinconamiento neoliberal de la política y del debate democrático es la otra cara del intento de minimizar al Estado-nación con la transferencia de funciones al mercado interno o al internacional y con sus significativas restricciones a los derechos colectivos.¹⁴ Tales hechos concentran privilegios e ingresos, excluyen la voz de las mayorías en las decisiones y fuerzan la transformación conservadora del propio Estado al ponerlo más y más al servicio de objetivos elitistas, propios o foráneos. Formalmente nuestros países son democráticos, pero con una democracia sin opciones reales significativas.

Como se dijo, los grupos dominantes en América Latina y muchos de sus gobiernos suelen defender a ultranza estados de derecho diseñados *ad-hoc* o en acuerdos cupulares excluyentes. Y al mismo tiempo repudian o critican como populismo inaceptable a las garantías sociales modernas, como el seguro de desempleo, el acceso generalizado a los servicios de salud, el ingreso mínimo garantizado, por considerarlos enemigos de la competitividad, de disciplina del trabajo o mecanismos reductores de las utilidades invertibles.

Una característica más de la acción neoliberal, consiste en dar rienda suelta a la difusión de visiones ideológicas falseadoras de la realidad o de la historia. Todos los males económicos y sociales, caso de México, se atribuyen a errores de los gobiernos anteriores a la reforma neoliberal, no obstante que los contradiga la comparación de las tasas de crecimiento o de empleo y el debilitamiento de múltiples instituciones de protección social. La eficiencia del mercado y de las privatizaciones son artículos de fe, aunque las niegue el descenso general de la productividad, las crisis y los rescates bancarios, o los

¹⁴ La automaticidad del mercado y del estado neoliberal de derecho casi hace desaparecer la acción independiente de los ciudadanos, sometidos a las exigencias de un sistema que casi todo lo subordina. (Véase Luhmann, N. (1998), *Sistemas Sociales*, Anthropos, Barcelona).

fracasos de las privatizaciones. Se acusa a PEMEX y a su sindicato haber creado un centro de ineficiencia y corrupción --siendo por esas razones privatizable--, pese a que lo refuten sus enormes utilidades antes de impuestos y la transferencia íntegra de las rentas petroleras para que el fisco haga de México no un país de energía barata, sino un país de bajos impuestos. La retórica de la eficiencia del mercado, sigue enmascarando la voluntad de poder del conservadurismo universal sumado al vernáculo.

El neoliberalismo se presenta como ruptura en el tiempo, como el inicio de una época radicalmente distinta a la organización social anterior; por tanto, proclama su autonomía del pasado para ganar la libertad de construir nuevas formas de vida y nuevas instituciones, a la par que rechaza las comparaciones históricas en alguna medida porque no le favorecen. En cambio, postula una utopía universalista, aplicable a cualquier sociedad humana decidida a cerrar su pasado e inaugurar una época de renacimiento economicista. Como en el monoteísmo, no se admite, se descarta, toda competencia doctrinaria. Ese es el sentido de la frase "el fin de la historia" que anuncia el triunfo del capitalismo neoliberal sobre el socialismo y sobre cualquier otro régimen político en que pudiera pensarse.

Conclusiones

En las realidades latinoamericanas, la subordinación acrítica al nuevo orden internacional priva a los ciudadanos de la libertad republicana de decidir sus fines colectivos y a los Estados-nación de usar a plenitud su soberanía. En materia de macropolítica --con excepción de la limpieza electoral--, se han impuesto criterios que angostan la posibilidad de generar soluciones o innovaciones propias.

Los habitantes de nuestros países sólo con grandes dificultades podrían librarse de la tiranía del consumismo y de la propaganda ideológica-comercial y, del otro lado, de la marginación e inseguridad económicas. Las decisiones socio-económicas fundamentales quedan en alto grado excluidas del escrutinio público. En particular, la política social se esteriliza en el esfuerzo focalizador, ahorrador del gasto público, pero incapaz de curar con mediana eficacia la marginación y el desempleo macroeconómico formal e informal. Como resultado, el sistema social, camina por senderos alejados de la profundización de la democracia sustantiva.

La aceptación del paradigma neoliberal ha producido baja en el ritmo de desarrollo, desindustrialización y reversión de los procesos de absorción de los marginados, que todavía representan alrededor del 40% de la población latinoamericana. Más aún, cuando las economías crecen, el ingreso se concentra. La macroeconomía en alta proporción se ha dejado librada al mercado, con evasión expresa o tácita a las responsabilidades estatales de ganar prosperidad y resguardar mínimos de justicia social. En cuanto a la microeconomía, poco a poco cobra carta de naturalización el criterio corto-placista de los inversionistas institucionales del Primer Mundo --maximización del valor de las acciones en bolsa--, mientras se descuidan los apoyos a las pequeñas y medianas empresas, las inversiones de largo plazo y se permite la extranjerización de las mejores empresas públicas y privadas.

En suma, sea en materia política, institucional, social, macroeconómica o microeconómica, México y quizás buena parte de América Latina vienen cediendo al automatismo de los mercados y a los cerrojos del estado neoliberal de derecho, la facultad de determinar la evolución de los países y la suerte de las personas. La utopía neoliberal quisiera prescindir de la idea vertebral de la

libertad humana: la capacidad individual y, sobre todo, colectiva de determinar, construir, un mejor futuro para todos. De facto, el neoliberalismo sustituye los dogmas del autoritarismo o de la religión, por un dogma civil, más burdo o más sutil, pero ciertamente deshumanizado. Por tanto, habrá que sacar a la luz, más de prisa, las ficciones ideológicas que nos envuelven para devolver cuanto antes el papel rector a la política. El mercado no siempre funciona con sabiduría ni suele ver a distancia; la intervención estatal puede errar, pero no siempre se equivoca cuando refleja genuinamente la voluntad colectiva. Estado y mercado no se excluyen entre sí, son instrumentos indispensables en la tarea de hermanar democracia y desarrollo en la supresión paulatina del sufrimiento innecesario de grandes grupos de la población latinoamericana.